

# Vida Cotidiana

## Querido Diario:



Marcela Guijosa

**A**quel martes, hace ya tres semanas, estaba esperando a Juan José para trabajar. Quedó de llegar temprano. Eran como las diez de la mañana, y yo estaba tomando café, en pijama, en mi comedor. Sonó el teléfono. “¿La señora Marcela Guijosa? Le hablamos aquí del hospital de Xoco...”

La ilusa de mí lo primero que pensé fue algo como ... ¿irán a hacer un evento de mujeres? ¿Quién les habrá dado mi teléfono? ¿Querrán un taller?

Pero no. Era que Juan José, mi primer marido, estaba ahí, en Urgencias. Que se había caído en la calle y lo había recogido una ambulancia de la Cruz Roja. Que no me asustara, que no estaba tan grave. Que preguntaba por mí y que les dio mi teléfono. Que fuera yo.

Asombrada, vi cómo me temblaban las manos. Pero me invadía al mismo tiempo una extraña calma. Ha de haber sido estupor, que creo que todavía no se me quita. Con una suerte de rara tranquilidad, me vestí, agarré mi coche y me fui. Pasé primero al banco, a por dinero.

Tres semanas antes, Juan José había chocado en el Periférico. El choque no parecía fuerte, pero cuando se bajó de la camioneta no podía hablar bien y tenía una mano -la izquierda- paralizada. Aquella vez, después del examen médico y la tomografía computarizada, de a tres mil pesos, dijeron: inflamación del cerebro por la sacudida, nada serio, reposo, ya está bien. Y aparentemente ya estaba bien. Pero no estaba bien: hoy se había caído en la calle, la mano y la pierna izquierdas medio paralizadas, la cara también, la boca chueca.

Llegué al Hospital General de Xoco. Se dice “Joco”. Yo ni sabía bien cómo se pronunciaba. Mucho menos dónde mero quedaba. El aspecto de la sala de espera es el primer golpe: igualito que en otros hospitales públicos, como el Seguro, como el Issste. Gente sentada en las sillitas de plásti-



Bibiana Dueñas O'Kelard

co, fijas al suelo. Y mucha más gente parada, o sentada en el suelo, rodeada de bolsas, trastes, cobijas, etc. Todos con cara de preocupación y de angustia, todos asustados y cansados, todos pobres.

Me pasaron a ver a Juan José. El lugar, más que sección médica de urgencias, parecía una vieja oficina pública o comisaría. Y en un rincón, el pobre hombre estaba tirado en un camastro con colchón de plástico, sobre una mini-sábana raída y deshilachada y arrugada. Tenía conectado un suero en la vena, una sonda urinaria y una sonda gástrica por la nariz. Le habían lavado el estómago. Junto a nosotros, una vieja afanadora trapeaba. Sin que yo dijera nada, ella me decía: "Aquí no crea que siempre está así. Aquí casi siempre está limpio. Nosotras siempre trapeamos".

Me dijeron que lo habían sedado, porque estaba muy ansioso. Usaron la palabra agitado, arrebatado, exaltado, o algo así. Ya no me acuerdo. Porque ya te imaginarás: necio, encabronado, lo único que quería era salir de ahí. Hasta estaba amarrado de las manos y los

pies. Yo le platicaba, trataba de calmarlo, le hacía cariños. Y ya medio despierto del sedante, estaba todavía peor de necio.

De pronto me percaté de que había un papel pegado a los pies de la camilla. Abrí mi bolsa, saqué mis lentes, y me acerqué a leerlo. Un doctorcete me vio y, furioso, gritó: "¡Señora, sálgase!" Cuando yo había estado mirando con cara compungida al paciente, no me había dicho nada. Le había parecido bien. Cuando quise enterarme un poco más, era yo como una enemiga. O qué. Prohibido saber. Atónita, dolorida, me salí.

Luego me volvieron a llamar. En un pasillo me dijeron que no lo iban a hospitalizar. Luego que siempre sí. Que ya le habían tomado unas placas. Traumatismo craneo-encefálico, o sea, golpe en la cabeza. Hemorragia subaracnoidea. Inflamación de las meninges. Inflamación del cerebro. Se contradecían, me decían una cosa y luego otra. No me explicaban bien, ni me dejaban hablar, nomás me regañaban. Cuando yo le preguntaba más al doctorcete, o le trataba de decir algo, se iba

encabronando más, me hablaba más fuerte y más lento, como si yo fuera tonta o estuviera sorda. "El ce-re-bro". Así le hablaba a todo mundo. Así creen que le deben hablar a los pobres, a los indios, a los analfabetas. O tal vez a todos sus pacientes. A gritos y a regaños, y con aire de superioridad.

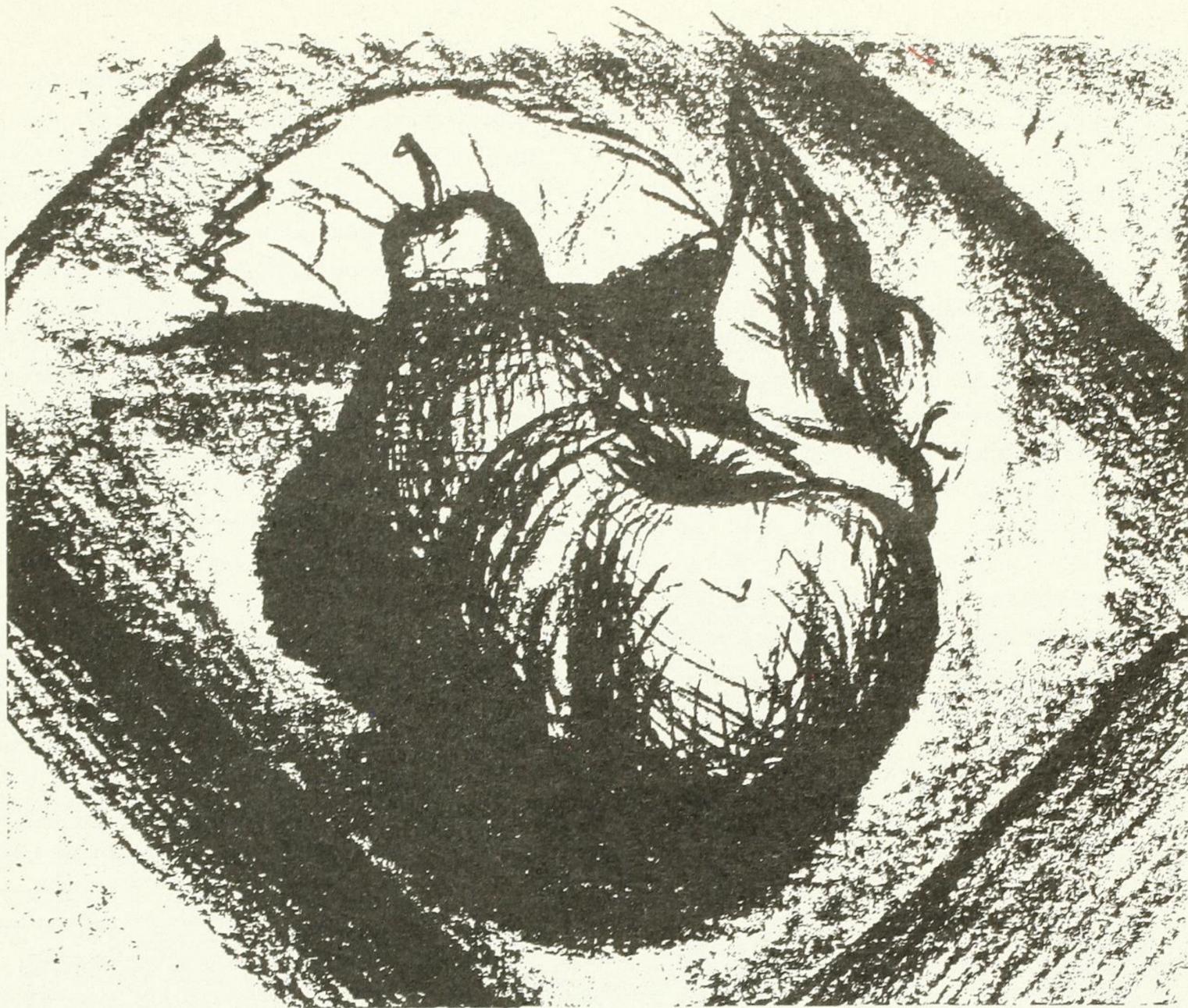
Esa es la constante. Los médicos no pueden soportar que tú quieras saber, que tú quieras decidir. En Xoco -¿y en todo hospital?- el paciente no tiene ni voz ni voto. Ya no es una persona responsable de sí misma. Y los familiares son tratados igual: usted cálese, nosotros sabemos. Usted no sabe. Lo vamos a internar y punto. Usted no decide. Nosotros los médicos, dioses todopoderosos, decidimos.

Juan José, medio anestesiado, y con la lengua como dormida, en su media habla sólo me decía: "Sácame de aquí. Sácame de aquí. Háblale al doctor A. para que me saque de aquí".

"No lo puede usted sacar de aquí, a menos que venga un médico con título y cédula profesional y se haga cargo totalmente de él y se haga responsable y firme los papeles de responsiva frente al Ministerio Público". "Doctor, mire, es que chocó hace tres semanas, y estuvo igualito. Un doctor lo está atendiendo, déjemelo lle-



Connie Silva



Connie Silva

var...” “No se puede. Lo vamos a internar.”

Busca un teléfono. No traes tarjeta. Recorre el hospital para ver si alguien vende tarjetas. Que aquí, que aquí no, que allá, que tampoco. Que en la cafetería. Que no hay. Que afuera. Salte. Que en el puesto de periódicos. No. Que en la farmacia. Por fin. Primeros telefonazos, a Anita, para que por favor trate de localizar a nuestro doctor. Regresas a ver dónde lo pusieron. Segundo piso, hospitalizados de Neurocirugía. ¿Por dónde se sube a Neurocirugía? Para volver a entrar, desmadrito. ¿Su pase? ¿Cuál pase? El policía complicadísimo para hablar, tipo cantinflas, explicando reglas y procedimientos, regañando. Finalmente resultó amistoso y cuatísimo, y hasta lo llegué a estimar.

Lo pusieron en un rincón, afortunadamente, junto a la ventana. En este cuarto-sala, como en todos, hay seis camas. Hablo con el encargado de ese piso, El Doctor. Cuando le explico lo del choque, se muestra muy sorprendido y regañón. ¿Por qué no nos había dicho antes? Le vuelvo a explicar con toda calma. Otra vez la sentencia inexorable: se va a quedar.

“¿Me puedo quedar con él?” Regaño: “¿Se *tiene* que quedar con él, señora, para que nos ayude a moverlo, a darle de comer, a golpearle su espalda porque si no, le da neumonía! ¿Se *tiene* que quedar a cuidarlo! Vaya con la Trabajadora Social a que le haga un pase permanente”. La trabajadora social en ese momento no encuentra los pases permanentes. Que venga al rato. Que luego vaya a que se lo firme el Doctor. Ahora vaya a que se lo firme el otro Doctor, el Jefe de no sé qué. Pero siempre no, porque ahorita no está. Hasta mañana.

Apúrate. Todo te hierde. Caminas todo el piso, el olor a orines se te mete hasta el cerebro, no dejas de mirar por las vidrieras cada cuarto, a cada uno de los heridos, de los operados, de los paralizados. Mira toda esa pobre gente. Mira ése lleno de moretones y de vendas. Sigues rezando Dios te salve reina y madre, sin parar. Bajas dos pisos, caminas kilómetros de pasillos, consigues las firmas. Dentro del hospital, ningún teléfono sirve, sólo el de la sala de espera. Vuélvele a hablar a Anita. Que todavía no localiza al doctor. Que le mandó un bip y que no se reporta. Hablas a tu casa, a avisarle a tus hijos. Luego caminas,

caminas de regreso, subes a ver cómo está el hombre. Lo encuentras igual: habla lentamente, como borracho, arrastrando las palabras, está inquietísimo. "Sácame de aquí. Por piedad, sácame de aquí.... Carajo, por el amor de Dios, ¿qué no habrá una alma caritativa que tenga la misericordia de sacarme de aquí?"

Te ríes y te compadece del pobre inocente, con su vocabulario tan barroco y escolástico. Son como las dos de la tarde. Tratas de calmarlo, de instalarte. Sospechas, asustada, que te vas a quedar... ¿dos días, tres? El Doctor te amenazó con ocho días, luego recapacitó y dijo: no se preocupe, no es muy grave, tal vez en tres días se reponga. ¿Tres días?

Te dicen que tienes que volver a bajar para que te entreguen *las pertenencias*. Te dan dos bolsitas de plástico: en una está su ropa, en otra las cosas de los bolsillos. No le robó nadie ni un centavo. Sales a la calle para guardar la bolsa de la ropa en tu coche, porque no la puedes meter al hospital. Qué vacío en el estómago, qué encogi-

miento de corazón y qué nudo en la garganta cuando ves a través del plástico sus calzones, sus zapatos, sus llaves, su viejo monedero, su credencial de elector.

Arriba, Juan José no tiene pertenencias. Está desnudo. Sólo tiene una cortísima bata verde, vieja y rota. Mojada. La sábana única también. Se le ve todo, no lo puedes tapar. Empiezas a ver a tu alrededor. Muchos pacientes están igual. Quieres una silla, para sentarte junto a la cama. Vas a preguntar al puesto de enfermeras. Te ven entre burlonas e

incrédulas. ¿Una silla? Pues busque alguna, a ver si encuentra. No hay.

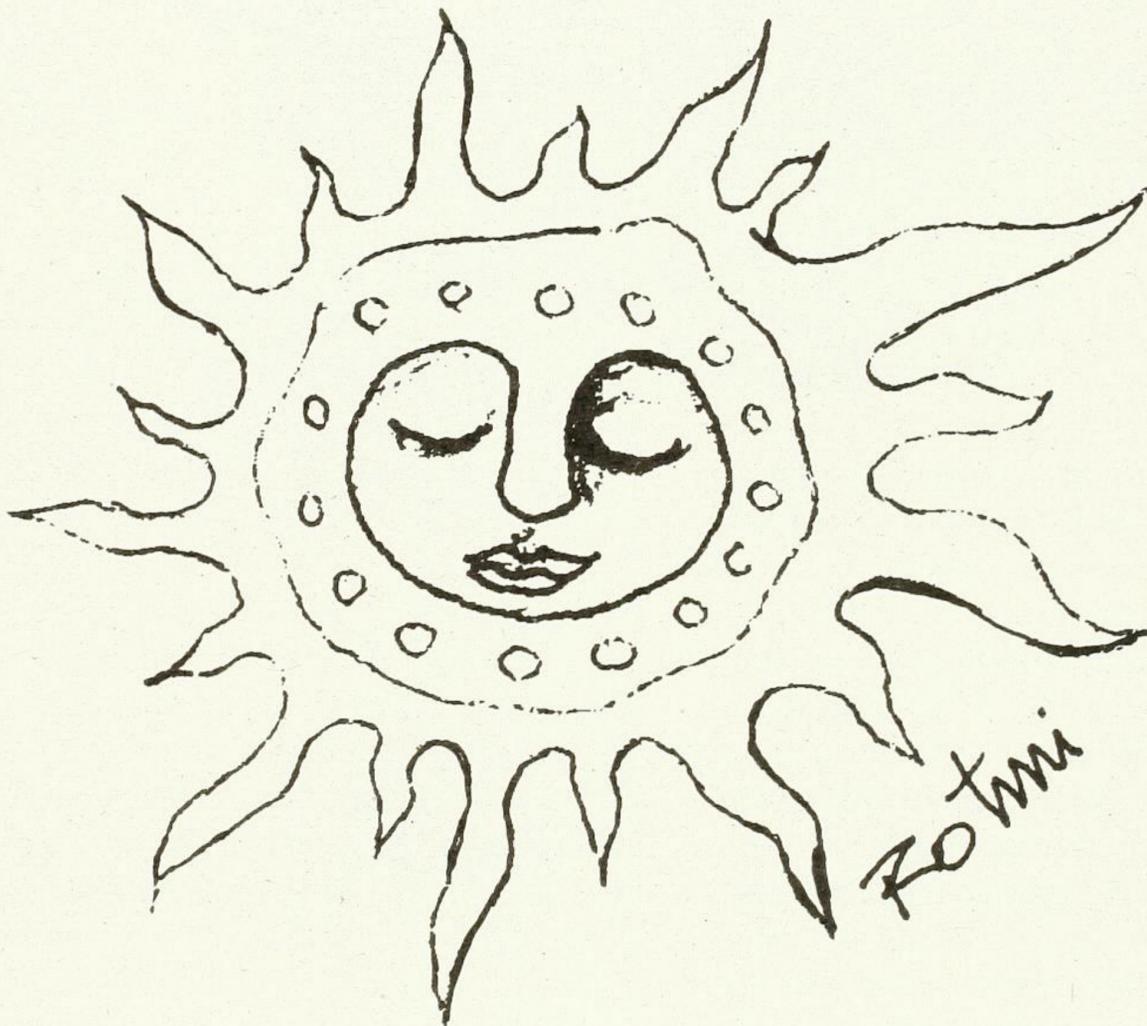
Bajo de nuevo, vuelvo a hablar con Anita y me dice el recado: que el doctor A. no puede ir a Xoco, y que además cree que debo quedarme con Juan José ahí. Que no es conveniente que lo mueva. No sé qué hacer ni qué pensar. ¿No tiene tiempo de venir? ¿Le da miedo hacerse responsable? ¿Tendrá razón y de veras es peligrosísimo mover al hombre? Odio a los doctores. Asustada, indefensa, no puedo pensar demasiado. Acabo aceptando la palabra del médico. Acepto, obediente, quedarme en Xoco.

Vuelvo a subir a mi piso. Siempre el olor intenso a orines. Observo. En la cama de junto hay un niño menudo de dieciséis años, llamado Agustín, inconsciente, inmóvil y enye-

sado. Está rodeado de cosas blancas: las sábanas, los tubos, los vendajes. Parece un angelito roto. Su hermano, como de veinte, lo cuida. Empiezo a platicar con él. Son indígenas, campesinos, de la Huasteca. El día que llegó a México, al chiquito lo atropelló un coche en la

Calzada de Tlalpan. Ha estado veinticinco días entre la vida y la muerte, en terapia intensiva. Su hermano, Elidio, se vino del pueblo a cuidarlo. Está contento porque "ya está mejorcito": ya lo pasaron a la sala, ya mueve ligeramente una mano. Ya abre lentamente los ojos. Todavía no puede hablar, pero ya mero. Tampoco puede respirar bien: tiene una traqueotomía. Respira por un hoyo en el cuello y ahí tiene conectado el tubo del oxígeno. Eli, sonriente, me dice: "Pero yo creo que ya ve".

Inmediatamente me seduce Elidio. Me



conmueve cada vez más. Nunca en mi vida se me va a olvidar ese campesino indígena tan listo, tan amoroso, dándole masajes a su hermanito, sobándole las piernas, cuidándole los sueros y el tubo de la respirada que a veces se tapa con flemas, dándole líquidos nutritivos por una sonda por la nariz; Elidio hablándole quedamente a Agustín, enseñándole revistas, acercándose a la cara en cuanto el chiquito abre los ojos de mirada perdida. Eli platicándome de su siembra de maíz y de café, de su tierra, de su familia, en su media lengua, hablándome de tú, siempre sonriente y optimista. Yo pienso que forzosamente Agustín se va a aliviar, con tantísimo cariño que está recibiendo.

Más allá, hay un señor inmóvil, que es albañil y se cayó del andamio. En la tarde, con el cuello inmovilizado y la columna lastimada, llegarán otros dos albañiles que se cayeron desde una altura de dos pisos por un derrumbe en la Pista Revolución. En la cama de enfrente, uno de ellos me platica: el derrumbe sucedió porque "el inge no supo calcular el peso de la losa, y se pandeó, y nosotros le decíamos, inge, no va a aguantar, pero no nos hizo caso y claro que se cayó." Este maestro, fornido y simpático, se llama Don Reyes.

Pero el más impresionante, por otras razones, es Alejandro, el chavo de la cama de enfrente, la de en medio. Su hermano me cuenta la historia: Alejandro estaba preso en no me acuerdo cuál reclusorio y los otros presos le dieron una golpiza con tubos y le rompieron la cabeza. Ésta es la segunda golpiza que recibe; la primera vez lo acuchillaron. Lo operaron del cráneo, y ya está mejor. Los doctores ya lo quieren dar de alta pero la familia se niega, porque creen que si lo regresan a la cárcel lo van a matar. Y más ahora, porque está impedido: no puede caminar ni controla sus esfínteres. Usa pañal. Consiguieron un amparo para que no lo saquen de Xoco hasta que encuentren un hospital psiquiátrico o una granja dónde meterlo. No saben qué van a hacer. Porque el verdadero problema es que, además, está loquito: a ratos cree que está todavía en la cárcel, confunde a la gente, tiene delirios y es muy agresivo. Nunca supe por qué delito lo encarcelaron.

Al mismo tiempo que voy conociendo a mis compañeros de cuarto, me percató poco a poco de que sus familiares han traído sus propias cosas: sábanas, cobijas, agua, vasos, papel del baño, toalla, jabón. Porque el hospital no cuenta con nada de esto. Le pido ayuda a

Anita, que vive cerca. Angel de mi guarda, dulce compañía, me trae un maletón maravilloso: almohadas (dos), sábanas, cobijas, botellas de agua, klínex, etcétera. El policía me esculca la maleta: mientras no sea comida o bebida o ropa de calle para los pacientes, lo demás sí lo puedes meter. No me deja pasar una cocacola para mí.

Subo, por fin tiendo bien la cama. Bajo: tengo que ir a comprar unas pastillas que necesita Juan José porque el hospital de ésas no tiene. Aprovecho para fumarme un cigarro, y comprarme un cepillo de dientes. Me muero de hambre y de sed: en la misma farmacia compro una Mirinda fría. Me tomo sólo la mitad, porque tengo prisa y no la puedo meter. Es de esas botellas modernas que se pueden volver a tapar. No sé por qué me resisto a tirarla a la basura; veo la cafetería del hospital, cerca de la entrada, veo a la dueña, y le digo, medio aturdida: "¿Se la encargo? ¿Me la puede guardar? No me la dejan subir". Me dice, sonriente, que sí.

Las medicinas me costaron caras: 180 pesos. Subo. Miro el buró de junto: me doy cuenta que también Eli le tuvo que comprar de esas mismas pastillas a Agustín. Son para el cerebro.

El tiempo pasa rapidísimo. Bajo, como a las nueve, a ver si puedo cenar algo. Llego a la cafetería, me siento, pido un café, prendo un cigarro. Hay una televisión con una telenovela. No sé exactamente por qué, pero se me llenan los ojos de lágrimas. La dueña se acerca, me trae un cenicero, me dice: "Tú me encargaste en la tarde un refresco. ¿Ya no lo quieres?" Le digo, con voz quebrada: "Sí". Y en ese momento me deshago en llanto, desconsoladamente. La mujer me da el refresco, me pregunta qué tengo, le digo que aunque mi enfermo está mejor, yo estoy asustada y cansada. Me pone la mano en el hombro, me da tres servilletas de papel y me dice: "Llora, amiga. Ten unos klínex. Llora. Dios nos hizo agujerados para no morir reventados". El Nescafé y las galletitas que me como ahí -con mi media Mirinda- me saben a gloria.

Más tranquila, subo. Mi amigo Eli me dice: "Mira, señora, te conseguí una silla". No sé de dónde la sacó. Me siento junto a la cama. La noche es larguísima, es verdaderamente un infierno. Juan José no duerme, no deja de quejarse, se quiere quitar el suero y la sonda, que le molesta mucho y siente que se va a mear. Le explico, méate, tienes sonda, no importa. No

entiende. Se destapa, se mueve muchísimo, se aplasta el suero, se desespera. Se quiere ir. Yo me la paso cobijándolo, acomodándole la mano, consolándolo, regañándolo.

Por fin se duerme. De repente entra un doctorcete o enfermero desconocido. Caminando rápidamente, llega a la cama de Juan José, le pellizca con toda su alma una pierna, ve que grita y respinga, y sin decir ni pío, se va. Seguro va y apunta: sí tiene reflejos y sensibilidad.

Más tarde entra un nuevo turno. Unas afanadoras gritan a todo pulmón. “¡Ya llegué, mana!” Entran y salen. Barren y trapean, prenden una luz, trasiegan con cubetas y botes de basura a las tres de la mañana. Algunas enfermeras también gritan: “¡Lupe! ¡Por ai cámbiale el suero al veintitrés!” Tanto en su puesto como en uno más allá, donde están como tres o cuatro jóvenes médicos internos, hay radios con música a todo volumen: cumbias, rock. Y como hay varios pacientes que proceden de algún reclusorio, también hay guardias vigilándolos, no sé cómo se llaman, como policías o judiciales, pero vestidos de negro. Son bastante amables, bastante cordiales. Esos tienen unas sillitas en el pasillo y una pequeña televisión, también a todo volumen. Voy y les pido que le bajen. Más tarde uno de ellos se echa a dormir, vestido y armado, con todo y botas, sobre una cama vacía. Me alegro de que una enfermera lo levante. Los familiares de los pacientes están en una sillita, o en el suelo, cabeceando, toda la noche. Como yo.

Don Reyes se queja. No tiene a nadie junto porque no le pudo avisar a su familia. En la tarde los que sí llegaron fueron los camarógrafos de Televisa, de ese programa como de *Alarma*, y lo entrevistaron. En la madrugada se queja, y tímidamente pide agua. No puede tomar agua porque no tiene ni agua ni vaso. Yo sólo tengo uno para Juan José, desechable, que con muchos trabajos me vendieron en la cafetería. Una enfermera piadosa recorta una botella vacía de suero, de plástico, y se la da. Más tarde necesita el pato, las enfermeras no lo oyen, yo se lo paso y luego lo voy a tirar. En el lugar donde se tiran los patos y los cómodos, hay decenas de cucarachas que salen por el drenaje.

La noche no parece noche: si estás muy malo e inconsciente, bueno, qué te importa el escándalo; si estás consciente, olvídate de dormir. Claro que no es un centro de reposo. Es como un hospital de guerra, de trinchera. Es de

veras de urgencias, de vida o muerte. Y bastante esforzadas son la mayoría de las enfermeras. La mayoría son como apóstoles, como Florencias Nightingales. Una, exhausta, se termina durmiendo sentada, con la cabeza sobre sus brazos cruzados, encima del mostrador. Hay otras horribles, de espíritu burocrático. “Señora, no puede caminar por aquí por el pasillo. Usted sólo puede estar junto a su paciente. Señora, no puede usted tirar el pato en el guáter, tiene que ser en el vertedero especial. No lo puede usted enjuagar. Ni yo. Tiene que esperar a que venga una afanadora y lo lave”. Gozan poniendo reglas y prohibiciones.

No hay reposo. Porque además, Alejandro, el loquito del reclusorio, se pone tremendo en las noches. No puede caminar, pero tiene una agilidad portentosa con las manos y los pies. Se arrastra sobre la cama y tira cosas con los pies y da golpes: patea los objetos que están sobre el buró, la cortina del paciente de junto, tira la mesa de comer. Y habla cosas horribles, a veces a gritos, a veces como en susurros: “Mira, ése. Hazme un paro, ése. Estás en mi lista, ése”. Su heroico y cariñoso hermano que lo cuida lo tiene que someter a fuerza. El enfermo lo amenaza, lo golpea, lo insulta espantosamente. La enfermera viene a ayudar y lo amarra de las manos a la cama con una maravilla de ataduras eficacísimas hechas con vendas y gasas. Lo riñe cariñosa, con voz fuerte: “¿Ya ves, Alejandro? Como no te portas bien te vamos a tener que amarrar.” Luego apagan la luz. Hay un poco de silencio. De repente Alejandro sigue hablando, y te ve con los ojos fijos que brillan en la oscuridad, se dirige a tí con un tono carcelario, con un odio que te hiela la sangre. “Estás en mi lista, ése”. Más tarde gritará, sin parar, cientos de veces: “Enfermera de Joco. Enfermera de Joco. Enfermera de Joco”.

Dos o tres cuartos más allá, un viejito aúlla: ¡Luuuuz! ¡Luuuuz! Yo creía que le molestaba que le prendieran la luz, pero más bien es que llama a una su mujer cuyo nombre ha de ser Luz. Las enfermeras le gritan, desde lejos, “¡Cállese, don! ¡Duérmase! ¡No se baje porque se va a caer! ¡Si no se está quieto lo vamos a amarrar! ¡Que no se baje!”

De cuando en cuando me asaltan las culpas. ¿Qué hago aquí? ¿Habré hecho bien? ¿Lo debería haber sacado? Pero con qué doctor... a quién le hablaré... pero me dijeron que no lo mueva...

Y por acá Juan José: “quiero mear,

quiero mear, quiero mear, quiero que me quiten esta chingadera, me duele horrible, me voy a mear". Le pregunté a las enfermeras si le podían quitar la sonda, que era mejor un pato, que estaba consciente, que le molestaba mucho. No. Ellas no estaban autorizadas. Hasta mañana que venga el doctor. Sin que tuviera sentido, y sin que apareciera nadie que tuviera poder para autorizar nada, se la dejaron toda la noche, lo mismo que la sonda en la nariz, con una bolsita que se llenaba de líquido y no cerraba bien y chorreaba las sábanas y las almohadas.

Dos días prescribieron ayuno total. Todo el tiempo el hombre se moría de hambre. El tercer día, dieta blanda. No puedo describir el aspecto y el olor de esa comida, como de perro, como de cárcel. Se la comió. Como todos los demás pacientes.

A los dos días y dos noches de horror, el jueves en la mañana, Juan José ya estaba perfecto. Ya no tenía suero ni sondas, ni le inyectaron nada más. Sólo le daban una pastilla cada ocho horas. Le suplicamos al doctor, con quien ya habíamos hecho unas ciertas migas, que nos diera de alta. Se negó sin explicar mucho y se fue. Tenía "muchísima prisa". Bajé a hablar por teléfono y lo ví en la cafetería, desayunando tranquilamente. Lo esperé. Traté de explicarle, con mis mejores modos, que no tenía caso que nos quedáramos ahí otra noche. "Es que necesita reposo". "¿Reposo, aquí, doctor? ¿Usted cree que alguien reposa aquí en las noches? Andele, no sea malito, mire, en mi casa estaría más tranquilo, usted dígame qué medicinas y yo se las doy." Se iba encabronando, como asustado, como amenazado. "Es que lo tenemos que observar". "Doctor, aquí en la noche nadie lo observa, más que yo. No ha venido ni un solo médico ni en las tardes ni en las noches. Anoche no hubo quién nos diera un analgésico porque le dolía una muela y nadie se lo pudo prescribir. Déjenos salir. De veras no entiendo qué sentido tiene que nos quedemos

otra noche".

Se ponía más nervioso, se enojaba más. Y yo seguía cometiendo el error de cuestionarlo. "Mire, doctor, usted me dice la dieta; yo en mi casa se la puedo preparar mejor que aquí... Usted desayunó unos huevitos rancheros... ¿Vio lo que le llevaron a él de desayuno? Tenga piedad". Final de su discurso patriarcal, con voz solemne: "Mire señora, si su marido está aquí... es por piedad." Yo pensé: ¿Pues qué aquí son monjas de la caridad? ¿Qué no es el DDF? ¿Qué no pagamos impuestos? Pero no dije nada. Continuó: "Y usted habrá sido profesora de lógica, pero usted no entiende la lógica médica. El responsable soy yo, y yo no lo doy de alta hasta mañana". Se fue cobarde y violentamente. Me dejó hablando sola.

Luego, más tarde, como arrepentido, tratando de ser amable, vino a nuestra cama; dijo que el paciente se parara, que caminara y que se bañara. Como Juan José ya había visto el baño -era un baño general, con excusados y regaderas, siempre encharcado, hediondo y sucio- dijo que prefería su mugre, que después se bañaría en la casa. El Doctor también ordenó que "por higiene" se quitara esa barba. Que se rasurara. Los folículos pilosos en la cara a él no le gustaban. Nosotros ya nomás le dijimos "sí doctor, ajá, cómo no". Más tardecito, curiosamente, llegaron las enfermeras y le tendieron la



Connie Silva



Bibiana Dueñas O'Kelard

cama con dos sábanas limpias y de buen tamaño, propiedad del hospital.

La noche del jueves yo no podía ni con mi alma y lo dejé solo y me vine a dormir a mi casa. No quise que mis hijos estuvieran toda una noche ahí. Además, su padre ya esta-

ba bien. En todo caso iba a estar desvelado, pero nada más. Metimos de contrabando un paquetito de galletas y se las dejamos, porque estaba muerto de hambre. (No le dieron absolutamente ninguna medicina esa noche, no pudo dormir casi nada). El viernes a mediodía, después de miles de recorridas de los pasillos y subidas y bajadas de trámites para la salida, nos dieron de alta. El precio total: mil quinientos pesos. Me dieron un resumen, pequeño y general, con el diagnóstico y lo que le habían hecho. No me quisieron dar las placas que le tomaron ni la lista de medicamentos que le administraron. *Top secret*.

Me despedí, con lágrimas en los ojos, de Eli, le dí la bendición a su hermanito Agustín, intercambié teléfonos con Don Reyes, y les dije gracias, que Dios las bendiga, a esas enfermeras que son verdaderas santas a punto de canonizar. Y me quedé con ganas de matar a ciertas afanadoras y doctorcetes y a las otras enfermeras, las de corazón burocrático. Respecto del doctor, me quedó en el alma una mezcla de lástima y odio, pero también agradecimiento, porque finalmente Juan José sí se mejoró notablemente. Nunca sabré si gracias a o a pesar de.

Y escribo y escribo, y no acabo. Será cosa de hacer un libro. Porque la historia sigue: Berta Hiriart de mi corazón me consiguió un neurólogo chirísimo. A continuación, después de un concienzudo y desinfectante baño ya en la casa, visitamos al neurólogo, médico humano, inteligente y cariñoso (cariñoso de cariño y cariñoso de dinero). Nos mandó que le

tomáramos una resonancia magnética de cráneo. Ésa cuesta cuatro mil trescientos. Pienso: cómo no hay hospitales medianitos, para la gente como yo, tan clase media. Yo tan rica en Xoco y tan pobre en el Humana y en el Inglés. Qué onda con los trabajadores culturales que somos *free-lanz*, pero que ni siquiera ganamos lana suficiente como para pagar un seguro médico.

Y en el Hospital Inglés, tan limpio, tan elegante, en la sala de espera de Imagenología, en sillones modernos de madera de primera calidad perfectamente barnizada y cojines rojos, comodísimos, también me sentía angustiada. Los hospitales son los hospitales, tengan arreglos florales o no, pagues mucho o poco. Los ricos también tenían aquellas mismas expresiones, aquellas caras. Pero esos sufrimientos están aislados: ahí no se comparte demasiado, ahí casi no se habla la gente.

Cerca de la salida, hay una elegantísima "capilla ecuménica", para que recen personas de cualquier religión. Súper vitral de colores, altar moderno y sencillísimo, bancas enormes, poca madre, de madera preciosa. Y unas placas que dicen, "Esta capilla fue generosamente donada por: Sanborns, Carlos Trouyet, Compañía Fulana de Tal, Gastón Billetes, etc...." Los ricos también son solidarios.

La indignación fue instantánea. Jamás de los jamases se me van a olvidar esos cuatro días de Xoco. ¿Nadie podrá dar donativos para los pobres accidentados y enfermos pobres, para que haya hospitales humanos y dignos para ellos? ¿Cuánto costarán cien sillas de plástico? ¿Cien sábanas? ¿Unas jarritas y unos vasos? ¿Cuánto presupuesto tienen las instituciones de salud, y por qué, y en qué lo gastan? ¿Quién se roba las sillas de los hospitales? ¿Cuánto dinero se han robado nuestros políticos y burócratas? ¿Con Cuauhtémoc Cárdenas ese hospital, que depende del DDF, estará mejorcito?

Capilla ecuménica. Carajo. Yo pensaba en esas mujeres sentadas en el suelo. En esa gente llorosa de la sala de espera que te pedía coperacha para un ataúd. En el olor inolvidable. En Alejandro y su enfermera de Joco. En el desamparo de tanta gente, en la abnegación de esas esposas y hermanos y parientes cuidadores. En la mujer de la cafetería. En Elidio, ofreciéndome en la noche un pedazo de su torta, metida clandestinamente, misma que le regalaron los judiciales, porque nadie es tan absolutamente cabrón. En esos médicos y esas

enfermeras que hacen lo que pueden y más de lo que pueden. ¿Cuánto ganarán?

Pensaba en todos los otros. Los que se quedan para siempre en un mundo como Xoco. Los que no tienen una amiga Berta Hiriart ni nunca en su vida nadie que les preste cinco mil pesos ni cuál resonancia magnética ni cuál Hospital Inglés ni nada.

Todavía no me repongo, ni tengo para cuándo. Juan José está mejor. Además del golpe, que no tiene importancia, lo que tuvo fue un infarto cerebral. Venturosamente, no le dejó secuelas. Está casi perfecto. Si se cuida, tiene muy buen pronóstico. Y claro que ya vamos a ir a la Villa.

El susto es inmenso, el cansancio también. Pero lo más grande es el aprendizaje. Conocí otra cara de México, enorme, sangrante, dolorida. Descubrí nuevos extremos de lo humano: de lo más odioso a lo más admirable. Recorrí a fondo todos los sentimientos. Comprobé que este sí es un valle de lágrimas, de dolor y de enfermedad, de estupidez y de pobreza y de muerte. Somos tan poca cosa, tan pobres, tan desnudos, tan débiles y

vulnerables. Somos un puro cuerpo dolorido, sin vergüenza y sin dignidad, medio tapado con una bata verde, y todo mundo puede ver nuestro pubis y nuestras nalgas, y a nadie le importa. Somos un puro cuerpo sin otra pertenencia ni personalidad que una pulsera de tela adhesiva con nuestro nombre o con el número de cama que nos tocó. Somos un puro cuerpo prisionero, con reflejos o sin reflejos, pero sin alma en manos de los médicos. Sin voluntad, sin palabra, sin capacidad de decisión. Somos un cuerpo que se va a morir.

Pero mucho más importante que lo anterior, es que también, y al mismo tiempo, en cuerpo y alma, estamos protegidos. No estamos solos. Y ése es nuestro único consuelo.

Tenemos visitas amorosas a la hora de visitas. Tenemos maletas con agua, almohadas y cobijas limpias. Tenemos mil recados solidarios en la grabadora del teléfono. Tenemos manos que nos dan masajitos. Estamos rodeados de una cantidad enorme y asombrosa de bondad, de generosidad y de compasión. Y siempre, tarde o temprano, en cualquier lugar, surge alguien que se apiada de nosotros. *Jem*



INSTITUTO OAXAQUEÑO  
DE LAS CULTURAS

# EDITORIAL

OBRAS RECIENTES ESCRITAS POR MUJERES

**Amanecer.** *Patricia Cox.*

A través de estos cuentos el lector acompaña a la autora en el itinerario de sus esfuerzos, de sus pesadillas, de su valor para ser el artífice de su propio mundo interior femenino.

**Voces entre nubes.** *Mónica del Valle.*

Los tres días de festividades de Muertos son la puerta de entrada a las calles y casas de San Pedro Mixtepec, pueblo que brota donde muere la sierra y nace el río.

**Aves sin nido.** *Concepción Núñez.*

Las biografías de quince mujeres, todas ellas madres de los niños de la calle, nos adentran en las causas de la pobreza urbana y en sus desagradables consecuencias.

**Juchitán, ciudad de mujeres.** *Veronika Bennholdt-Thomsen.*

Un estudio hecho por mujeres sobre la notoria presencia femenina en la vida social y económica de esa ciudad del Istmo.

INSTITUTO OAXAQUEÑO DE LAS CULTURAS  
CALZADA MADERO ESQ. AV. TECNOLÓGICO S/N COL. LINDA VISTA  
C.P. 68030, OAXACA, OAXACA  
TEL: (951) 1 16 12 Y (951) 6 67 44, FAX: (951) 4 33 71